



La retórica mítica de López Obrador: Grandilocuencia, resentimiento y odio

*López Obrador's mythical rhetoric:
Grandiloquence, resentment and hate*

Julio Amador Bech*

Recibido: 7 de febrero, 2024. Aceptado: 25 de marzo, 2024.

Resumen El presente artículo lleva a cabo un análisis crítico y una contextualización de los elementos míticos contenidos en el discurso político de Andrés Manuel López Obrador. Se destaca el uso de ciertos componentes retóricos que han sido de uso común a lo largo de la historia política universal, particularmente la moderna, como lo son la grandilocuencia, el resentimiento y el odio. Durante el siglo XX estos recursos retóricos, resultaron ser particularmente eficaces en los discursos de los líderes fascistas, nacionalsocialistas y comunistas. En las referidas formas discursivas se utiliza un lenguaje sencillo y coloquial, propio del populismo, que permite llegar a un público sumamente amplio y mover sus emociones en un sentido político premeditado.

Palabras clave: México, retórica, resentimiento, populismo, Andrés Manuel López Obrador, Cuarta Transformación.

Abstract This article carries out a critical analysis and a contextualization of the mythical elements embedded in the political discourse of Andrés Manuel López Obrador. The use of certain rhetorical resources that have been common throughout the universal political history,

* Doctor en Estudios Arqueológicos en la línea de Arqueología de la Identidad por la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, México. Profesor de Tiempo Completo adscrito al Centro de Estudios en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Política y Sociales, UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Líneas de investigación: Antropología Cultural, Ciencias de la Comunicación, Hermenéutica, Mito y Política.

particularly the modern one, as grandiloquence, resentment and hate, have been highlighted. During the 20th century these rhetorical resources have been particularly effective in the discourses of the fascists, national socialists and communist leaders. In order to reach a wider audience and move their emotions in a premeditated political sense, we have shown that, in the referred discursive forms, a simple and colloquial language is utilized: a typical characteristic of populism.

Keywords: Mexico, rhetoric, resentment, populism, Andrés Manuel López Obrador, Cuarta Transformación.

INTRODUCCIÓN

El discurso político comparte importantes características con las narrativas míticas. De hecho, la historia sufre constantemente un proceso de mitificación que no es exclusivo de las sociedades del pasado. En el mundo moderno y contemporáneo podemos identificar este fenómeno con precisión. Así, por ejemplo, tanto los ideólogos del fascismo italiano como los del nacionalsocialismo alemán manifestaron repetidas veces la idea de presentar a su ideología bajo la figura del mito. Con estas características de mito, el discurso político fascista servía, según Mussolini, a la “liberación de los profundos instintos de un pueblo, inherentes a la fuerza vital misma, a su sangre o espíritu” (citado en Sabine, 1975, p. 639). En 1922 Mussolini declaraba en su discurso de Nápoles: “Hemos creado nuestro mito. El mito es una fe, es una pasión. No es necesario que sea una realidad. Es una realidad por el hecho de que es un agujijón, una esperanza, una fe, porque es coraje. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación!” (citado en Sabine, 1975, p. 639). De manera semejante, Alfred Rosenberg, el teórico más importante del nacionalsocialismo alemán, tituló al libro que presentaba como fundamento del proyecto nazi: El mito del siglo XX. En su “Introducción” escribió:

Alcanzar el alma de la raza para la vida significa adquirir altos valores y, bajo el dominio de los nuevos valores, plantear su lugar orgánico en el Estado, en el futuro y en la religión. Esta es la tarea de nuestro siglo, arrancarle al mito de la vida un nuevo tipo de humanidad. Para ello se necesita valor. La audacia de cada uno de nosotros, la audacia de la totalidad del género, por supuesto que también la audacia de las futuras generaciones. Sólo así el caos será desplazado y un mundo nuevo, exento de cobardía, podrá ser construido. Por ello, quien quiera ir adelante deberá, incluso, inmolar a sus propios hermanos, dejándolos atrás. Quien tras de sí lleva un largo andar en el bosque, debe dejar que los gobiernos transcurran. Quien aspire a lo alto no debe doblegarse ante nada y, frente a toda duda en relación al hombre del primer reino alemán venidero, únicamente dirá: “yo estaré ahí” (1939, p. 7).¹

¹ La cita fue traducida del alemán por Blanca Solares Altamirano a solicitud mía, a quien le expreso, también, mi gratitud.

La mitificación de la realidad que se da dentro del discurso político se vale de recursos retóricos específicos. En el caso que analizamos, estudiamos tres de ellos: grandilocuencia, resentimiento y odio. En términos de la retórica, en tanto disciplina que estudia el discurso, la grandilocuencia corresponde a la figura de la hipérbole. Para los discursos del resentimiento y el odio se emplean, principalmente, la ironía, el epíteto y la etopeya. A estas figuras se agregan la metáfora, la metonimia y la epífrasis en los tres recursos discursivos referidos. Constatamos que la retórica de la grandilocuencia, el resentimiento y el odio ha mostrado su eficacia a lo largo de la historia política de la humanidad. Durante el siglo XX fue empleada con gran éxito por líderes de masas como Hitler, Mussolini, Lenin, Stalin y Mao Zedong, por nombrar a algunos de los más destacados en el uso de estas formas retóricas (Amador, 2004; Arendt, 2022; Chan, 1985; Chang, 1994; Evans, 2006; Domenach, 1991; Hoskings, 1992; Kershaw, 2001; Sabine, 1975; Service, 2019; Schapiro, 1981). A la vez que se apelaba a la grandeza de sus proyectos, con el objetivo de sumar fuerzas, se utilizaban el resentimiento y el odio hacia el otro, ya sea por cuestiones de raza o de clase social, para justificar el uso de la violencia en contra de aquellos que eran considerados como enemigos. Una característica esencial de sus discursos consistía en una manera directa de dirigirse a sus interlocutores, utilizando el lenguaje más llano y claro posible, para llegar al mayor número de personas y mover sus emociones, un rasgo característico de los líderes populistas.

Mussolini y Hitler constataron muy pronto la eficacia política que tenía el utilizar en sus discursos un lenguaje emotivo, accesible al mayor número de personas. En *Mi lucha* de Adolf Hitler podemos leer:

Es tarea y propósito de la propaganda, no la educación o entrenamiento científico de cada individuo, sino más bien, la de atraer la atención de las grandes masas hacia determinados hechos [...] Pero como por su naturaleza misma la propaganda no puede ser ciencia, ya que su tarea primordial consiste ante todo en captar la atención de las masas populares [...] sus efectos tienen que ser dirigidos de modo casi exclusivo a mover las emociones, pasiones y sentimientos de las grandes masas humanas, no mezclando en la argumentación o exposición que se haga sino reducidas dosis de la llamada razón o inteligencia [...] toda propaganda propiamente dicha tiene que ser de carácter popular y tiene que adaptar su nivel o alcance intelectual y espiritual a la percepción del menos inteligente de aquellos a quienes va dirigida. Por consiguiente, su nivel intelectual debe ser tanto más bajo y llano cuanto mayor sea el número de gentes que se desea atraer por medio de ella (1942, p. 228-229).

Los tintes populistas de este tipo de propaganda política son más que evidentes. La retórica de López Obrador ha tenido siempre esas características, las ha sabido explotar muy bien. Vemos claramente que su discurso, además de estar caracterizado por la simpleza de su expresión y el uso de fórmulas coloquiales, contiene claramente los componentes esenciales referidos: grandilocuencia, resentimiento y odio. La grandilocuencia que implica el proyecto de la Cuarta Transformación se pone en evidencia cuando equipara los cambios que se propone realizar este gobierno con las gestas más importantes de nuestra historia: la guerra de Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910-1917. Lo cual, además, lleva el mensaje implícito de que López Obrador está a la altura de las figuras más notables de nuestra historia moderna. Tal como señala Luis Antonio Espino, su discurso supone de manera tácita que: “él no es un presidente más: es un héroe patrio -a la altura de Morelos, Juárez, Madero y Cárdenas- que tiene la misión de purificar y redimir a México” (2021a, p. 19). Enfrentamos un muy definido proceso de

mitificación de la historia presente y de culto a la personalidad del presidente por parte de sus seguidores. Tres ejemplos más de la grandilocuencia de su proyecto son los megaproyectos y la idea de la “autosuficiencia energética” y la “autosuficiencia alimentaria”, éstos dos últimos son irrealizables. Nos topamos con una paradoja: un fuerte contraste entre el evidente fracaso de sus políticas públicas -incluso aquellas que han dañado a los trabajadores asalariados y a los grupos sociales más pobres-² y, sin embargo, la notable popularidad del presidente. Mauricio Merino propone una explicación: la eficacia de su discurso mítico:

La gente no está juzgando al presidente López Obrador por el éxito de su gestión sino por las emociones que despierta. Su cimiento no está en las buenas cuentas ni en la implementación de soluciones, cuanto en el abismo de la profunda *asimetría social* de México. Lo que potencia al presidente no son las buenas sino las malas razones: el resentimiento, la venganza y la marginación. Tiene razón cuando insiste en que no debe abandonar el discurso más extremo y radical posible, porque ahí reside el corazón de la *fuerza política* que le da vida (Merino, 2021 cursivas en el original).³

Entre más poder adquiere el líder, mayor se vuelve su autonomía, respecto del sistema institucional que rige la política. Así, obtiene mayor libertad, lo que le permite librarse, cada vez más, de la necesidad de acatar las normas políticas establecidas y las restricciones que impone el sistema legal que rige al país. La utilización en su discurso del resentimiento y el odio, tiene graves consecuencias: divide y confronta a los mexicanos y mexicanas, formando dos bandos opuestos radicalmente, que ya no pueden dialogar entre sí de manera sensata. Precisamente, esas prácticas políticas propician un grave retroceso en lo que se refiere a los logros democráticos que se habían alcanzado en el país, después de luchas de décadas en contra del autoritarismo priista. El hecho de que el presidente arremeta en contra de las organizaciones de la sociedad civil, de las instituciones autónomas del Estado, de los defensores y las defensoras de los derechos humanos y del medio ambiente, de los movimientos feministas que luchan contra la violencia que se cierne sobre las mujeres y las prácticas patriarcales dominantes, de los y las periodistas, académicos e intelectuales, además de atacar cualquier opinión diferente de la suya, todo ello es un signo ominoso de una política francamente antidemocrática que ha polarizado al país, dividido a las familias y confrontado a los amigos. Un diálogo sano y franco entre las distintas posiciones políticas, expresadas públicamente, sería un signo de madurez política y de la existencia de una auténtica voluntad democrática. Sin embargo, las voces disidentes y la oposición enfrentan a un bloque monolítico intolerante, formado por el gobierno, el partido en el poder, sus aliados partidarios y sus simpatizantes más fanatizados y dogmáticos.

Numerosos logros democráticos, relativos a una mayor participación de la sociedad civil en las decisiones públicas y a la transparencia en el uso de los recursos públicos se ven asediados

² Me refiero en particular a la eliminación del Seguro Popular, la escasez de medicamentos e insumos para los hospitales, la eliminación del programa Escuelas de Tiempo Completo y de las Estancias Infantiles, las fallas en el funcionamiento del Banco del Bienestar, la corrupción en SEGALMEX, el fracaso de las Universidades para el Bienestar Benito Juárez García, la inviabilidad económica de la refinería de Dos Bocas, la creciente inseguridad, el incremento de las muertes violentas, entre las que destacan los feminicidios, la equívoca política sanitaria durante la pandemia, entre las más evidentes.

³ En todos los casos hemos convertido las negritas que aparecen en el original en cursivas.

por las decisiones del ejecutivo federal. Costó décadas de lucha lograr implementarlas; muchas de ellas fueron impulsadas por una izquierda que ahora es cómplice de su desmantelamiento. El caso más preocupante lo constituye el de los constantes ataques del presidente y de miembros de su partido en contra del INE, institución autónoma del Estado que ha dado certidumbre a los procesos electorales que antes estaban controlados por el Estado y se prestaban a la realización de fraudes electorales, como el ocurrido en 1988, en el cual estuvo involucrado el actual director general de la CFE, Manuel Bartlett Díaz (INFOBAE, 2021). Si se logra golpear al INE y al TEPJF ya sabemos lo que ocurrirá (Redacción AN/LP 2022; Silva-Herzog, 2022).

El colmo de esta manera antidemocrática de actuar tiene uno de sus más funestos ejemplos en la demanda penal por “traición a la patria” entablada por el partido oficial en contra de 223 legisladores y legisladoras de la oposición que votaron en contra de la Reforma Eléctrica, propuesta por el presidente. Esta manera de actuar mina severamente la legalidad democrática y sienta un precedente nefasto al implicar que cualquier forma de disidencia política en el Congreso podrá ser criminalizada y perseguida por el partido en el poder. Una práctica francamente dictatorial. José Woldenberg critica este modo de proceder:

Ahora las diferencias de opiniones, los votos de los diputados, que además gozan de la garantía de inviolabilidad para expresar sus puntos de vista, son, según los morenistas, sujetos de litigios penales, que pueden llevar a la cárcel a quienes no compartan sus iniciativas.

Eso solo se había visto en dictaduras, en regímenes políticos que no garantizan la libertad de expresión, que no reconocen como legítimo el pluralismo político [...] Los militantes y dirigentes de Morena hoy son mayoría en muchos espacios legislativos y gobiernan al país y a un buen número de estados. Arribaron a esos cargos por vías democráticas, pero da la impresión de que quisieran clausurarlas una vez que ellos están en el poder, porque solo su voz —según ellos— representa al pueblo (2022).

Sobre esta cuestión, resultan pertinentes las reflexiones de Hannah Arendt (2022), sobre el modo de proceder de los movimientos políticos de tendencia totalitaria. Debido a que toda acción política tiene el fin mesiánico del cumplimiento del “destino de la humanidad”, de su elevación a un “estadio superior de civilización”, las acciones políticas llevadas a cabo por los movimientos y gobiernos totalitarios son considerados como pertenecientes a un orden superior de jerarquía que los justifica, por encima de cualquier orden social, por encima del orden democrático, legalmente establecido, siendo no sólo posible, sino, necesario, romperlo, violentarlo, acabar con él:

Esta es la monstruosa y, sin embargo, aparentemente incontestable reivindicación de la dominación totalitaria, que, lejos de ser “ilegal”, se remonta a fuentes de autoridad de las que las leyes positivas reciben su legitimación última, que, lejos de ser arbitraria, es más obediente a esas fuerzas sobrehumanas de lo que cualquier gobierno lo fue antes y que, lejos de manejar su poder en interés de un solo hombre, está completamente dispuesta a sacrificar los vitales intereses inmediatos de cualquiera a la ejecución de lo que considera ser la ley de la Historia o la ley de la Naturaleza. Su desafío a las leyes positivas afirma ser una forma más elevada de legitimidad, dado que, inspirada por las mismas fuentes, puede dejar a un lado esa insignificante legalidad. La ilegalidad totalitaria pretende haber hallado un camino para establecer la justicia en la Tierra -algo que, reconocidamente, jamás podría alcanzar la legalidad del derecho positivo- (Arendt, 2022, p. 619).

Las flagrantes violaciones de las leyes mexicanas por parte del presidente y sus seguidores de Morena muestran claramente que este es el caso. Cuando el presidente afirma: “No me vengas con que la ley es la Ley”, está considerando, tácitamente, que sus ideales políticos y sus valores están por encima de lo establecido por la Constitución y las leyes emanadas de ella. Adquieren, de esa manera, un carácter trascendente que tiende a la mitificación de su proyecto político. Más aún, el desacato de órdenes judiciales por parte del presidente y de los senadores de Morena, así lo confirma, lo mismo que el inicio anticipado de las campañas electorales y la constante interferencia del presidente en el proceso electoral, violan flagrantemente la legalidad establecida. Más aún, el presidente se vale de la ironía para burlarse del sistema legal establecido.

A lo anterior podemos agregar la intolerancia predominante de parte del ejecutivo federal y de los miembros de Morena hacia los puntos de vista distintos de los suyos, expresados por múltiples actores sociales, en contra de los cuales se han tomado represalias, además de haber sido blanco del discurso del odio. Resulta sumamente preocupante que se sigan implementando esta clase de políticas que apuntan hacia una orientación de tipo dictatorial, semejante a las que se han impuesto en Nicaragua, Venezuela y Cuba, por mencionar los casos más evidentes en América Latina. Lo anterior muestra que una buena parte de la izquierda mexicana y latinoamericana profesa una ideología política profundamente autoritaria y antidemocrática. Los ejemplos de Venezuela y Nicaragua son paradigmáticos en ese sentido: se han valido de la democracia para construir férreas dictaduras. Ya sea de manera consciente o inconsciente, el modelo sigue siendo la Unión Soviética. Su tendencia estatista y centralizadora que busca someter a todas las instituciones a un control central, así lo demuestra. Un trasfondo neoestalinista se pone en evidencia. Este ha sido el camino seguido por López Obrador, intentando someter a todas las instituciones estatales y autónomas a un mando centralizado único.

MITO, IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD COLECTIVA

Resulta necesario situar esas maneras de actuar y pensar en un marco histórico más amplio, que nos permita mostrar la manera en la cual esta retórica de la grandilocuencia, el resentimiento y el odio ha terminado por mitificar la actividad y el discurso políticos. Me queda claro que aún en el mundo contemporáneo las estructuras míticas profundas, con sus sistemas de símbolos, se hallan en el trasfondo del quehacer político (Amador 2004). Así, podemos afirmar que las ideologías políticas modernas han sido influidas por las estructuras míticas que fundaron el ámbito de la política y las representaciones del Estado en las sociedades tradicionales, tal como lo demostró Ernst Cassirer (1992 [1946]). Las ideologías políticas, modernas, surgidas durante los siglos XVIII, XIX y XX, han asumido las funciones educativas, morales y de formación del imaginario social que desempeñaban los sistemas mitológicos en las sociedades premodernas. Concretamente, me refiero al liberalismo, al socialismo, al comunismo, al anarquismo, al fascismo y al nazismo.

Es posible establecer semejanzas funcionales y temáticas entre los mitos tradicionales y las ideologías políticas modernas, en la medida en la cual en las estructuras profundas de estas últimas subyacen motivos míticos muy definidos, que han sido resemantizados a partir de los valores modernos: el *logos* tecnocientífico y la idea de progreso. Podemos referir que, en este caso, *el mito del héroe* y *el mito de la salvación* tienen una función particularmente importante (Amador 2004; Campbell 1992a y 1992b; Cassirer 1992; Eliade 1994). Esto supone una poderosa continuidad en el curso de la historia que regiría el funcionamiento de las estructuras simbólicas

profundas. Desde hace varias décadas, destacados autores como Ernst Cassirer (1992), Mircea Eliade (1994 [1991]), Hans Blumenberg (2004 [2001]), Hans-Georg Gadamer (1997 [1993]), Leszek Kolakowski (1990 [1972]) y Manfred Frank (1994) han abordado con gran seriedad el problema de la actualidad del mito.

Cassirer no dudó en afirmar que: “Tal vez el carácter más importante, y el más alarmante, que ofrece este desarrollo del pensamiento político moderno sea la aparición de un nuevo poder: el poder del pensamiento mítico. La preponderancia del pensamiento mítico sobre el racional en algunos de nuestros sistemas políticos modernos es manifiesta” (1992: 7). Al sostener esa hipótesis, Cassirer está teniendo en mente la recientemente vivida experiencia de los horrores del nazismo y de los falseados temas míticos contenidos en su discurso (Amador 2004: 119-220; Cassirer 1992; Kershaw 2001 [1987]). Al respecto sostiene que: “En las luchas políticas de las pasadas décadas, el culto del héroe y el culto de la raza han estado de tal modo unidos que parecían confundirse en todos sus intereses y tendencias. Debido a esta alianza, los mitos políticos evolucionaron hasta adquirir su forma y vigor actuales” (Cassirer, 1992, p. 264). Hans-Georg Gadamer (1997) coincide con este autor, respecto de esta cuestión, al mostrar la dimensión mítica implicada en la historia moderna, a partir de la Revolución Francesa. Gadamer revelará la imbricación de los componentes racional y mítico en la Revolución Francesa, lo cual se aplica a todas las revoluciones modernas:

Ahora bien, la radicalidad de la nueva religión de la razón, que fue entronizada formalmente por la Revolución Francesa, ha desatado un efecto contrario que hace presentes los límites de la Ilustración moderna. Se hace una nueva luz no sólo sobre la verdad salvadora del cristianismo, sino, también, en un sentido universal, sobre la tradición mítica de todos los pueblos. La relación entre mito y ciencia entra en un nuevo estadio (1997, p. 38).

Furet, que se dedica a pensar la Revolución Francesa, lo ve perfectamente claro: “Sólo a partir de 1789 la preocupación de los orígenes que domina cualquier historia nacional, se concentró precisamente en la ruptura revolucionaria [...] De esta manera, la historia de la Revolución tiene como función social la de conservar éste relato de los orígenes” (1980, pp. 12-13). Desde 1789 las revoluciones modernas comparten rasgos políticos y simbólicos esenciales. El mito fundador de la modernidad es el mito de la revolución: 1789 inaugura todo, la Revolución Francesa es, indudablemente, el paradigma: “Basta ver en ella, en vez de una institución nacional, una matriz de la historia universal para devolverle su dinámica y su poder de fascinación. El siglo XIX creyó en la República. El siglo XX cree en la Revolución. En ambas imágenes se encuentra el mismo acontecimiento fundador” (Furet, 1980, pp. 15-16). En México, somos doblemente deudores del concepto de revolución en lo que a la génesis de nuestra nación se refiere, puesto que nuestra historia la hace surgir de la revolución Insurgente de 1810-1821 y de nuevo la instaura con la Revolución de 1910-1917.

Las ideologías políticas modernas han pretendido dar forma tanto al aspecto explícito y consciente de la identidad colectiva, a través de las racionalizaciones de la política, así como a los aspectos inconscientes e implícitos que corresponden al ámbito del simbolismo profundo. Los dos aspectos forman parte de sus estrategias discursivas que incluyen el control de la comunicación de masas y de los sistemas de propaganda, el adoctrinamiento y la educación, controladas por el Estado, tal como se dieron, de manera radical, en la Alemania nazi, en la URSS estalinista, en la China de Mao Zedong y en la Camboya de Pol Pot. En el caso que estudiamos, tenemos los

ejemplos de “Las mañaneras”, del Instituto Nacional de Formación Política y la Nueva Escuela Mexicana, creados por Morena para el adoctrinamiento político de la población, desde la infancia hasta la edad adulta. Esos sistemas de adoctrinamiento ideológico cumplen con la tarea de alimentar el imaginario social con conceptos y figuras para la representación de lo político. En la perspectiva de la *sustitución funcional*, por medio de la cual tales sistemas de pensamiento parecen ocupar el lugar de los antiguos mitos, podemos comprender su función de crear estructuras imaginarias que reemplazan a la antigua cosmovisión.

Considerando que se constituyen como sistemas conceptuales y discursivos cerrados, existen dos mecanismos fundamentales que utilizan para producir su visión del mundo particular: la *teleología* y la *hipóstasis*. Desde un punto de vista etimológico, podemos definir a la teleología como la ciencia de los fines últimos, del griego *telos*, ouz, fin y *lógos*, pensamiento, lenguaje. Se refiere al modo de explicación basado en las “causas finales”. La idea central que está detrás de la teleología es la de que existe una finalidad de la historia, por lo cual toda la historia -pasada, presente y futura- tiene un carácter de necesidad y su sentido es el de servir al “fin último”. La teleología contiene, así, tras la noción de un destino predeterminado, una filosofía de la historia, una estructura conceptual sistematizada. Esa visión general de la historia presupone la definición *apriorística* y *abstracta* del sentido de la vida humana, del desarrollo histórico y social en su conjunto. Este componente mítico de la tradición judeocristiana, que adquirió un lenguaje moderno con Hegel y Marx, es el que se halla en la base de la retórica de lo grandilocuente: otorga un sentido a la política y presenta su proyecto como la solución a todos los males sociales, tal como se enuncia respecto de los objetivos de la Cuarta Transformación.

La consecuencia política fundamental que se deriva de la concepción teleológica de la historia es la subordinación de los objetivos políticos actuales a finalidades y objetivos futuros, es decir, hipotéticos: imaginarios. Supone, también, la elaboración de códigos éticos: un sistema de valores morales que define medios y fines. La moral se convierte, así, en un instrumento de justificación de las acciones políticas, a partir del cual “el fin justifica los medios”. De esa manera se ha legitimado el uso de la violencia, e incluso del genocidio, en aras del fin de la “salvación” que se debía alcanzar. No obstante sus innumerables variantes modernas, la teleología no es sino una racionalización de los mitos escatológicos de las grandes religiones monoteístas, nacidas en Asia occidental. Esta manera de pensar y actuar políticamente se aplica claramente al proyecto de la Cuarta Transformación: “todo lo que hacen el presidente y sus seguidores está bien porque sus acciones conducen a resolver los grandes problemas nacionales que son la herencia de los regímenes anteriores”.

En filosofía, se ha entendido a la hipóstasis como la realidad verdadera que se encuentra más allá de las apariencias, una sustancia fundamental que explica todas las cosas. Supone la transposición de una parte por el todo. Un concepto limitado o parcial aparece como si fuese éste el concepto general, universal, válido para toda situación y tiempo. El discurso ideológico y parcial del grupo es dotado de una supuesta validez universal. Las ideologías políticas a las que nos referimos son sistemas de fabricación de *evidencias*. La función semántica de su discurso es ocultar la opacidad, la polisemia del discurso, es la de fabricar un determinado imaginario que se presenta como un *imperativo* y que destina *sentidos fijos* para las palabras, enmarcándolas dentro de un mismo contexto referencial de conceptos establecidos. Las ideologías políticas modernas borran sus huellas, esconden su trabajo sobre la realidad, pretendiendo que lo que producen son *verdades absolutas*. Así, los sentidos fijos del discurso, determinados por las ideologías políticas, son proyectados sobre otros nuevos, de manera que estas transposiciones han sido construidas

para que se interpreten como certezas. Este funcionamiento de las ideologías políticas modernas permite comprender con precisión todos los mecanismos a través de los cuales se construye el imaginario político: *la construcción ideológica es una construcción imaginaria*. Estos mecanismos políticos se verifican, en nuestro caso, cuando el presidente, ignorando la evidencia que arrojan los datos duros, afirma que él tiene “otros datos” o cuando hace referencia a entidades míticas como el “pueblo bueno y sabio” o “la mafia del poder”.

Todas esas ideologías se caracterizan por proponer la construcción de un nuevo orden social total que abarque todos los aspectos de la vida. Intentan regular la vida cotidiana, controlarla en todos sus aspectos, orientarla ideológicamente en todas sus manifestaciones. Buscan la creación del “hombre nuevo”, moldeado de acuerdo con los valores éticos, sustentados por su visión del mundo. El imperativo de *transformar* a los seres humanos de acuerdo con un deber ser, definido *a priori*, es una premisa esencial de las ideologías totalitarias; es la consecuencia de la aplicación de su lógica dogmática a todos los aspectos de la vida. Tres ejemplos monstruosos de esta idea, convertida en práctica política obsesiva, fueron el que vivió Alemania bajo el régimen nazi, así como los que padecieron el pueblo camboyano bajo el régimen del Jemer Rojo y el pueblo chino bajo la “Revolución Cultural” de Mao Zedong. En el México actual, un ejemplo deslavado de este proceder, lo constituye la nueva propuesta grandilocuente de educación pública de la SEP, elaborada por Marx Arriaga, Director de Materiales Educativos de la SEP y su equipo, quienes pretenden formar a los niños y niñas de primaria, a sus maestros y maestras en la ideología de la Cuarta Transformación. Curiosamente, esta reforma es semejante a la que implantó Iósif Stalin entre 1929 y 1931 en la Unión Soviética (Hosking, 1992, pp. 174-179).

Las ideologías políticas modernas proponen una solución radical a los problemas fundamentales de la vida social: cómo vivir, cómo ser, cómo pensar. En ese sentido, contienen una perspectiva ética, una tarea moralizadora que supone un proyecto de reorganización social, como medio de poner fin a los “males del presente” -llámense estos: explotación, injusticia, opresión, crisis espiritual. Todas las ideologías políticas mesiánicas parten de la negación del mundo actual y de la necesidad de un cambio radical en la organización social, idea que supone que los seres humanos son moldeables de acuerdo con ciertos principios y, por lo tanto, deben ser transformados: “perfeccionados”. Las ideologías políticas modernas prometen cumplir los anhelos humanos de seguridad, progreso material, igualdad política, justicia social y la erradicación del mal. Hasta ahora no lo han logrado. En la base de estas ideologías encontramos una filosofía de la historia pretendidamente totalizadora. Ya sea que ésta se fundamente en las “leyes de la naturaleza” (como en el nazismo) o en las “leyes de la historia” (como en el marxismo-leninismo), las consecuencias son semejantes. Esas premisas teóricas que las sustentan se convierten en principios trascendentes absolutos, a partir de los cuales se fundamentan todas las acciones políticas; lo que establece una perspectiva totalmente diferente a partir de la cual se legitima la política.

Las ideologías políticas modernas crean un sistema de identidad referido a un proyecto colectivo. Para ello producen un lenguaje propio y conceptos para interpretar y explicar la realidad: una especie de idiolecto o sociolecto sectario y dogmático. El establecimiento de un lenguaje y un sistema interpretativo común, sirve para identificarse con un colectivo en formación y continuo crecimiento. En ese sentido, un aspecto fundamental de esos grupos políticos es su aspiración a convertirse en movimientos de masas (Arendt, 2022) y, como sabemos, la voluntad de la masa es siempre la de crecer (Canetti, 1981).

Una de sus tareas ideológicas fundamentales es la creación de una *identidad colectiva*, de ahí que debamos plantear como un problema teórico importante estudiar las relaciones que existen

entre imaginario político e identidad colectiva. Las formas de identidad colectiva que fabrican las ideologías políticas suponen la creación de *nuevos valores* que van a definir los parámetros de constitución de la verdad y lo verdadero, nuevas reglas para las relaciones sociales, nuevos ideales y objetivos en los que se debe creer; nuevos conceptos acerca de la vida social, a partir de los cuales se evalúa el sentido de lo político. La publicación del libro *Hacia una economía moral* (2019) de López Obrador tenía esta finalidad. Paralelamente, Morena se ha valido de un proceder político caracterizado por: la creación de un idiolecto propio, instauración del monolitismo ideológico, identificación total por parte de los militantes con el proyecto de la Cuarta Transformación, obediencia absoluta al líder, definición de los enemigos políticos, sectarismo y ataque a las ideas contrarias, militancia activa para implantar su proyecto. Son éstas sus características más evidentes.

Como podemos observar, las ideologías políticas modernas generan e instituyen procesos de identidad referidos siempre a su proyecto colectivo. Producen conceptos para comprender la historia y la política, en consecuencia, crean un lenguaje propio, un lenguaje colectivo común que opera como un elemento más de identidad. Crean, de esa manera, los condicionamientos sociales y conceptuales a los que los miembros del grupo deben someterse y referirse constantemente, reforzando el sistema de identidad. Las estrategias de creación de identidad se sustentan en conjuntos estructurados de códigos -relativamente cerrados- que operan a la manera de un conjunto referencial compartido, por medio del cual los miembros del grupo interpretan la realidad y se identifican entre sí.

Respecto de la creación de la identidad, las ideologías políticas tienen una doble función. Por una parte, se constituyen en el aparato simbólico que permite la formación de una colectividad en torno a ciertos objetivos definidos, en torno a ciertas ideas, conceptos y representaciones de la realidad (símbolos colectivos) y ciertas prácticas de grupo (rituales). A partir de esto se crea una noción gregaria y una especie de juramento colectivo que unifica, que crea un sentido de pertenencia a un proyecto, a un destino común. Simultáneamente, este sistema de identidad colectiva es un medio por el cual el grupo juramentado se diferencia de los otros, construye su concepto del “enemigo”. Estos procesos se verifican claramente dentro del gobierno y del partido de Morena. El presidente define de manera constante quién o quiénes son los “enemigos”, contra los cuales se dirige el discurso del odio, movilizándolo el resentimiento social en contra de ellos. Al mismo tiempo, define quiénes son “los buenos” y los arroja.

El cuerpo colectivo de la identidad ideológica se pone de manifiesto mediante la experiencia discursiva. Dado que las relaciones sociales están mediadas por las relaciones discursivas, podemos comprender cómo las ideologías construyen su figura grupal y social a través del discurso. La identidad política se crea y recrea en el proceso discursivo: produciendo, constantemente, sentidos, al interior de la actividad colectiva. En la construcción del sí mismo, en la creación de la identidad, lo que se forma y transforma es el imaginario que moldea la figura del grupo juramentado. El grupo se define por medio del discurso, produce su propio discurso.

Las ideologías políticas modernas funcionan, además, como sistemas de control político. Se constituyen en universos concentracionarios que obligan a la constante referencia a unos conceptos, valores, códigos y rituales que se refuerzan, permanentemente, encerrando a sus miembros en un sistema de regularidad, relativamente cerrado y artificial. De cara a esta institucionalidad concentracionaria, se establece una relación entre imaginario colectivo y control político, donde la coerción y el terror son la forma extrema, mientras que la sumisión voluntaria es lo deseable. Arendt aclara muy bien esta cuestión, señalando que los movimientos totalitarios

se caracterizan por la “exigencia de una lealtad total, [irrestric]ta,⁴ incondicional e inalterable del miembro individual” (2020, p. 453). La idea de que “no se puede tener la razón contra el Partido”, ilustra el completo sometimiento de sus miembros individuales al aparato político colectivo. Aun Trotsky, estando en la oposición, así lo afirmaba: “Sólo podemos tener razón con y por el partido, porque la historia no ha proporcionado otro medio” (citado en Arendt, 2022, p. 434, nota al pie 7). Obviamente, esta forma de sumisión al aparato contribuyó a que se cumpliera su trágico destino, a manos del cruel y retorcido criminal Iósif Stalin. De cualquier forma que se constituya la institucionalidad política, ésta implica, necesariamente, un sistema de regulación y control de la vida cotidiana, un orden reglamentado de la reproducción social, sometido a los principios ideológicos del sistema político. Éste es también el caso del presidente, quien exige una lealtad absoluta, lo mismo ocurre dentro de Morena. Así vemos que en el Congreso, los diputados y diputadas de Morena votan en bloque, unánimemente. Salvo honrosas excepciones, que han debido sufrir las consecuencias, no hay lugar para la discrepancia o el ejercicio del pensamiento crítico.

He desarrollado esta digresión sobre el funcionamiento de las ideologías políticas modernas porque considero que nos permite comprender lo que ha ocurrido en México, a partir de la toma del poder por López Obrador y su partido. Las características, recién referidas son perfectamente aplicables a su modo de pensar y actuar, así como a los militantes de Morena y los seguidores y simpatizantes de la Cuarta Transformación. Han desarrollado su propio discurso identitario que regula y justifica su modo de actuar y pensar. Asimismo, podemos constatar la tendencia hacia la mitificación del discurso político, valiéndose de los recursos retóricos referidos para consolidar su posición de poder, crear expectativas de una transformación social radical, a través de la grandilocuencia del discurso, a la vez que define a sus “enemigos”, atacándolos por medio del discurso del odio, valiéndose del resentimiento social.

EL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA POLÍTICA RECIENTE Y LA RETÓRICA POPULISTA

Estrategia discursiva

En términos de efectividad del discurso político, la idea de combatir la corrupción que se generó durante los gobiernos anteriores ha logrado tener un fuerte impacto en una parte importante de la ciudadanía, particularmente aquella mal informada, y ha justificado las acciones que se tomaron, a pesar de que carecen de un sustento sólido y de que la corrupción ha continuado bajo el nuevo régimen. Así, por ejemplo, ninguna de las acusaciones de corrupción, a partir de las cuales se tomaron medidas, a principio del sexenio, se probaron; tales fueron los casos de las Estancias Infantiles o de las compañías de distribución de medicamentos, porque *nunca se realizaron las debidas auditorías*. Lo que resulta notable, en ese sentido, es la construcción maniquea de una imagen falseada del pasado político reciente: los males del presente se deben

⁴ He introducido entre corchetes la palabra irrestric]ta para sustituir la equívoca palabra “irrestringida” de la traducción original.

siempre a las políticas “neoliberales” de los gobiernos anteriores, incluso los errores del gobierno actual se atribuyen a la misma causa. No se les reconoce ninguna política exitosa; se hace tabla rasa del pasado. De manera complementaria, el éxito mediático de las decisiones presidenciales no se ha basado en su supuesta pertinencia, sino en la autoridad de quien enuncia el discurso, sazonado con palabrería populachera.

El régimen creó su propio lenguaje, un idiolecto y una narrativa dirigidos a ganar y mantener el apoyo de los grupos sociales de ingresos más bajos, alentando el soterrado resentimiento social, en contra de las clases sociales con mejores ingresos y niveles educativos (Espino, 2021a; Peña Serret, 2021). Luis Antonio Espino destaca que la eficacia de la estrategia discursiva de López Obrador radica en que se presenta a sí mismo como: “un hombre providencial que está cumpliendo una misión superior: reivindicar a un ‘pueblo’ victimizado que ha sufrido el abuso de los poderosos durante muchos años” (Espino, 2021^a, p. 16). Se trata de “una lucha épica imaginaria de la que millones se sienten protagonistas, formando con el presidente un vínculo emocional impermeable a la verdad, cerrado a la evidencia y blindado contra la realidad” (Espino, 2021^a, p. 16). Ahí tenemos la eficacia del mito del héroe y del de la salvación. En un artículo reciente, amplía su argumentación:

El gran talento retórico del presidente mexicano, Andrés Manuel López Obrador (AMLO), no solo radica en convencer a millones de ciudadanos que la realidad que proclama en sus discursos es cierta, sino en su capacidad para obtener el permiso de la mayoría de mantener políticas públicas que no han dado resultados. Gracias al poder del discurso populista, está llevando a un sector de la sociedad mexicana a darle la espalda a su propia democracia, al sustituir la persuasión y la razón por la confrontación autoritaria y agresiva. El éxito de este modelo no es ningún enigma, y se puede explicar por el uso eficaz de técnicas retóricas y de propaganda claramente identificables que pueden agruparse bajo el concepto de “comunicación empleada como arma” (*weaponized communication*).

Este concepto ha sido explorado por Jennifer Mercieca, estudiosa estadounidense de la retórica populista. Ella explica que la comunicación empleada como arma incluye “el uso deliberado de propaganda, desinformación, noticias falsas, exposición de personas al ridículo o la vergüenza pública, agresión, discurso de odio, amenazas y acoso, manipulación del significado de las palabras y distorsión de la opinión pública mediante *bots*, algoritmos y propaganda computacional”.

Esas técnicas son utilizadas por AMLO y su movimiento de modo sistemático y estratégico (Espino, 2021b).

Este estilo discursivo es muy semejante al utilizado por Donald Trump, no sólo durante su campaña electoral que lo llevó a la presidencia, sino a lo largo de sus cuatro años de gobierno. Entre otras falacias de su discurso, Trump utilizó a los mexicanos como chivo expiatorio, como el enemigo que había que combatir. Se trató de una estrategia discursiva racista que ya había utilizado Hitler en contra del pueblo judío. Acusaciones que, en ninguno de los casos tenían un sustento real, pero que su poder mítico-simbólico garantizaban la adhesión de los más susceptibles de ser influidos por el discurso del resentimiento social y el odio racial. Esa estrategia discursiva no es nueva pero ha resultado ser sumamente eficaz.

En el caso que nos incumbe, la única diferencia importante es que mientras que Trump alentó el odio racial, López Obrador ha propiciado el odio entre las clases sociales. Una estrategia

similar a la que empleó Mao Zedong durante la Revolución Cultural para justificar la violencia ejercida contra gente sencilla con ideas tradicionales, monjes y religiosos, todos aquellos que practicaban algún arte u oficio tradicional, los artistas e intelectuales, los maestros de las escuelas de educación media y superior, todos los supuestos “representantes de la vieja sociedad”, acusados de ser “defensores del feudalismo” o de “la vía capitalista”, todos los comunistas con ideas diferentes a las de Mao Zedong. La Revolución Cultural costó 10 millones de vidas y la destrucción de una parte sustantiva del patrimonio cultural de esa nación, la quema de obras de arte y literarias, de manera semejante a lo que ocurrió en la Alemania nazi. Por eso resulta hoy vergonzoso que, ya sea por ignorancia o por dogmatismo, funcionarios del actual gobierno hablen de “Revolución Cultural”. Los casos modernos referidos ratifican la manera en la cual los recursos retóricos estudiados han mostrado su eficacia política y han sido utilizados por el presente gobierno mexicano con éxito.

Ataques a instituciones, grupos sociales y personas: definición de los “enemigos”

Para mostrar su estrategia, de manera concreta, Espino refiriere el caso de sus ataques a las instituciones que desea someter a su control político:

Un ejemplo reciente de cómo AMLO transforma la comunicación en arma es el uso del término “derechizar”, que significa “hacer que alguien o algo pase a tener características ideológicas de derechas” o “adoptar posturas ideológicas de derechas”. El presidente se dice de “izquierda”, por lo que “derechizarse” significa convertirse en un abierto opositor político. Y en el discurso populista, a los opositores no se les respeta ni se les concede ninguna legitimidad.

Por eso, cuando AMLO dice que “el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) se derechizó”, o que “la UNAM —la principal universidad pública de México— se derechizó”, no está lanzando un llamado a la comunidad académica para que reflexione sobre la diversidad ideológica de sus planes de estudio. En realidad, esta perversión del lenguaje busca dañar la reputación de ambas instituciones, reducir su estima entre la sociedad y convertirlas en parte de los enemigos del presidente, los “conservadores” que, según la liturgia populista, defienden el *statu quo* porque quieren “mantener sus privilegios” o “seguir robando”. Poco importan el prestigio y el desempeño real de esas instituciones, pues el presidente las redefine de acuerdo con sus intereses para avasallarlas en términos de poder (2021b).

Dentro de su estrategia, el presidente se adjudica el papel de portavoz de la izquierda, a pesar de que él, en lo personal, no lo sea: es un ex priista, evangélico y, por ello, conservador en los temas referentes a los derechos de la mujer y de los grupos LGTBQ+, la organización autónoma de la sociedad civil, la defensa de los derechos humanos y del medio ambiente, así como de la educación libre y plural. Sin embargo, la retórica de izquierda le sirve para mantenerse en el poder y acrecentar las filas de sus simpatizantes, a pesar de que muchas de sus políticas sean de corte neoliberal. En el caso específico del CIDE, además de la intención de tomar el control de todas las instituciones a su alcance, se trata de represalias en contra de las críticas a su equívoca política económica por parte de académicos de esa institución de educación superior, sumamente prestigiosa, tanto a nivel nacional como internacional.

El liderazgo carismático y la aspiración al poder absoluto

El gran poder de convencimiento de este tipo de estrategias discursivas ha sido probado ya en múltiples experiencias históricas recientes. Destaca, insisto, el caso de la llamada Revolución Cultural, liderada por Mao Zedong, en China (Amador, 2004; Chan, 1985; Chang, 1994; Domenach, 1991), durante la cual mostró su eficacia el uso del resentimiento social, combinado con palabrería revolucionaria radical. Éste es uno de tantos ejemplos a los que podemos agregar el del chavismo.⁵ Toda proporción guardada y tomando siempre en cuenta las diferencias históricas específicas y el nivel de las capacidades políticas personales, podemos encontrar ciertas homologías entre el modo de actuar de Mao Zedong y el de López Obrador:

La esencia del “pensamiento de Mao Zedong” es rehusar las mediaciones: es un utopismo [...] Las mediaciones políticas son, en efecto, reemplazadas por una corriente teóricamente distinta entre el Jefe, profeta de la ideología, y las masas, cuyo verdadero intérprete es él. Esa corriente entre el Jefe y las masas relega al Partido al papel de instrumento políticamente subordinado. Decir que “el pueblo y sólo el pueblo crea la historia” es igual que decir que el poder del Gran Timonel no debe tener límites [...] En total, el modelo maoísta presenta dos características fundamentales: el rechazo absoluto de toda barrera, incluso temporal, entre el pensamiento justo del Jefe y la realidad objetiva y social y el carácter totalmente libre e imprevisible de los impulsos estratégicos del Jefe (Domenach, 1991, pp. 210-211).

¿En qué términos puede plantearse la homología? Es claro que hemos regresado a un sistema político presidencialista, dentro del cual, el presidente decide todo, sin tener que enfrentar oposición alguna entre sus seguidores, además, sus decisiones son imprevisibles. Ha utilizado a su partido, mayoritario en el Congreso, junto con sus aliados, como mera correa de transmisión de sus dictados. Basa sus acciones y discursos en una concepción mesiánica de la política, de corte populista, dentro de la cual “el pueblo” es mitificado y presentado como el principal beneficiario del gobierno, “la mascota” del presidente, según sus propias palabras. El líder se dice “representante de los legítimos intereses del pueblo” y *aspira a que su poder no tenga límites*. Quienes se oponen a él, quienes cuestionan sus decisiones o discrepan, se convierten, automáticamente, en sus “enemigos”. No hay mediaciones. Además, el Partido es un dócil instrumento de su líder y “Profeta”. En Morena encontramos a militantes que provienen de varias corrientes políticas, entre ellas, dos, aparentemente opuestas, el priismo y el comunismo. Sin embargo, si miramos con atención, ambas tradiciones partidarias se distinguen por una estructura jerárquica y vertical bien definida, caracterizada por prácticas autoritarias, a las cuales los militantes se someten: la línea viene desde arriba y nadie o casi nadie se atreve a cuestionarla; quien lo hace, se arriesga a sufrir las consecuencias: marginación o expulsión.

De Morena se puede decir, también, que se asemeja a los partidos de los Estados totalitarios, pues cuenta con una estructura militante de hombres y mujeres, quienes, mayoritariamente poseen una orientación extremista, apasionada y se hallan incuestionablemente dedicados a su ideología y preparados para contribuir de cualquier forma a propagarla e imponerla. Esta

⁵ Vale la pena destacar el parecido que existe entre las conferencias bautizadas como “La mañanera” y los programas de Hugo Chávez: “Aló Presidente”.

condición de funcionamiento, explícita e implícita, consciente e inconsciente, promueve y facilita el liderazgo autoritario y la fascinación de los militantes por la figura del caudillo. Ahora vivimos bajo *la sombra del caudillo*. Resulta sumamente llamativo que, tanto en las tradiciones fascistas como en las comunistas, exista la necesidad de tener un líder carismático, un caudillo al que todos sus seguidores se someten, acriticamente. Ésta es una característica típica del neoes-talinismo de la izquierda morenista.

De acuerdo con Espino: “El presidente Andrés Manuel López Obrador ha hecho de la posverdad el cimiento de su discurso y por eso dedica mucho tiempo y energía a adaptar los hechos a una narrativa demagógica de ‘ellos’ contra ‘nosotros’” (2021^a, p. 48).⁶ Más aún: “AMLO no usa el enorme poder del podio presidencial para rendir cuentas, informar o brindar a la sociedad elementos de juicio y análisis de su gestión, sino para repetir disciplinada y consistentemente una narrativa que lo hace ver como un líder perfecto, que está más allá de cualquier duda o reproche” (2021a: 48-49).

Las consecuencias inmediatas son las de la formación de dos supuestos bandos políticos, diferenciados y opuestos: de un lado “el pueblo”, una categoría vaga, indefinida e inasible, en términos sociológicos y, del otro, “los enemigos”; estos últimos definidos, tanto desde una perspectiva de clase, como “los privilegiados”, “los fifís”, categorías igualmente amorfas e indefinidas, que agrupan tanto a la alta burguesía, como a sectores de las clases medias, a los académicos e intelectuales y a todas las voces disidentes. Pero el gran enemigo ficticio contra el que dice luchar el presidente es “la mafia del poder”, categoría ambigua, que, en ocasiones hace referencia a los grupos que concentran el poder económico, así como a los políticos de alto nivel, pertenecientes a partidos políticos opuestos al suyo. Daniel Peña Serret ha señalado que la estrategia afectiva del discurso de Andrés Manuel López Obrador se ha basado “en el uso político de etiquetas emocionales para designar a sus adversarios políticos (‘Mafia del Poder’, ‘enemigo’, ‘adversario’) asociadas a apelaciones para inducir su caracterización identitaria (‘conservadores’, ‘oligarquía’, ‘fifís’), tanto en su trayectoria como candidato en las elecciones de 2006,⁷ 2012 y 2018 y luego como actual presidente de la República en México” (2021, p. 74). Todas ellas son entidades abstractas que llegan a tener connotaciones míticas si las situamos en el contexto de la saga mítica del héroe salvador que combate a sus enemigos, tal como es presentada en *El héroe de las mil caras* de Joseph Campbell (1992a). Algo semejante ocurre con los adjetivos: “racistas” y “clasistas” dedicados a quienes marcharon en defensa del INE, tienen la función de despertar el resentimiento social en contra de esas personas y grupos sociales, previamente mitificados.

Por su parte, Espino establece la diferencia que existe entre los conceptos y las prácticas de la comunicación, por un lado, y las de la propaganda por el otro; afirma que: “la comunicación busca reducir la incertidumbre y generar un entendimiento compartido de un problema, tema o asunto público. La comunicación busca también explicar a las audiencias asuntos complejos

⁶ Citando al *Oxford English Dictionary*, Espino define la posverdad como un discurso que “denota circunstancias en las que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que los que apelan a la emoción y la creencia personal” (citado en Espino 2021a: 48).

⁷ En referencia a la campaña electoral de 2006 de Andrés Manuel López Obrador, Noemí Guzmán Rocha sostiene que la aparición del líder mesiánico está directamente relacionada con el malestar social, es un síntoma de éste. “Lo que impera no es el personaje sino la construcción social imaginaria”. Su figura se sostiene sobre dos dimensiones del discurso: “la primera, que hace referencia a las estrategias racionales para recabar votos, y la dimensión simbólica en la cual se encuentra la mitificación del discurso; y es aquí donde se ancla la representación del movimiento social” (2012: 147).

para que puedan entender la situación y tomar decisiones favorables a sus intereses” (2021a, p. 56). Por el contrario: *“La propaganda no explica para generar entendimientos compartidos, sino que impone sus mensajes para crear realidades favorables a quien la emite”* (2021, p. 56, cursivas en el original).

La ambigüedad, la imprecisión y la mentira son componentes fundamentales de esta estrategia discursiva. Quedan a la vista sus contradicciones, pues para la construcción del Tren Maya se invitó a las grandes empresas constructoras, cuyos principales accionistas entrarían en la categoría de “la mafia del poder”. Más aún, tal como lo señala Mauricio Dussauge: “En su retórica, AMLO ha subrayado la necesidad de romper los cuestionables vínculos entre el poder político y el poder económico. En la práctica, sin embargo, mantiene discutibles relaciones con las mismas élites económicas de siempre, cuyos miembros participan en sus consejos de asesores económicos, desayunan en su finca familiar, asisten a cenas privadas [...] y reciben adjudicaciones directas de contratos públicos considerables” (2021). Queda evidenciado que existe un abismo entre lo que el presidente afirma y lo que en realidad ocurre. La demagogia constituye un ingrediente fundamental de su estrategia de poder.

CONCLUSIONES

Hemos mostrado, fehacientemente, la importancia que los componentes míticos tienen en el discurso de López Obrador. Al mismo tiempo, hemos podido ver cómo utiliza una manera directa de dirigirse a sus interlocutores y el lenguaje más llano y claro posible para llegar al mayor número de personas, con la finalidad de mover sus emociones y ganar su apoyo irrestricto. Se ha puesto en evidencia la eficacia que ha tenido, a lo largo del presente sexenio, la retórica de la grandilocuencia, el resentimiento y el odio. La grandilocuencia ha querido hacernos ver que el proyecto de la Cuarta Transformación podía ser equiparado con las gestas más importantes de nuestra historia moderna. Gracias a esos recursos discursivos, nos topamos con una paradoja: un fuerte contraste entre el evidente fracaso de sus políticas públicas y, no obstante, la notable popularidad del presidente, que ahora comienza a declinar.

Conforme el presidente acumula más poder, se libra, cada vez más, de la necesidad de acatar las normas políticas establecidas y las restricciones que impone el sistema legal que rige al país. Numerosos logros democráticos, relativos a una mayor participación de la sociedad civil en las decisiones públicas y a la transparencia en el uso de los recursos públicos se ven severamente menoscabados por las decisiones del ejecutivo federal. Las flagrantes violaciones de las leyes mexicanas por parte del presidente y sus seguidores de Morena muestran claramente que éste es el caso. Consideran que sus ideales políticos y sus valores están por encima de lo establecido por la Constitución y las leyes emanadas de ella. Adquieren, de esa manera, un carácter trascendente que tiende a la mitificación de su proyecto político. El discurso del presidente se sostiene sobre la base del mito del héroe, encarnado por él y el mito de la salvación, presentado bajo la figura de la Cuarta Transformación.

La identidad colectiva de sus seguidores se construye, tanto a través de las racionalizaciones de la política, como de los aspectos inconscientes que corresponden al ámbito del simbolismo profundo. Su proyecto colectivo, por vago que sea, da forma a su identidad. Para interpretar y explicar la realidad, el presidente y Morena han creado un idiolecto sectario y dogmático. Se caracteriza por el monolitismo ideológico, la identificación total por parte de los militantes

con el proyecto de la Cuarta Transformación, la obediencia absoluta al líder, la definición de los enemigos políticos, el sectarismo, el ataque a las ideas contrarias y la militancia activa para implantar su proyecto. Son éstas sus características más evidentes. El éxito mediático de las decisiones presidenciales no se ha basado en su supuesta pertinencia, sino en la autoridad de quien enuncia el discurso, sazonado con palabrería populachera. El presidente y sus seguidores creen que están cumpliendo una misión superior, en palabras de Luis Antonio Espino: “reivindicar a un ‘pueblo’ victimizado que ha sufrido el abuso de los poderosos durante muchos años” (2021a).

Hemos regresado a un sistema político presidencialista, dentro del cual, el presidente decide todo, sin tener que enfrentar oposición alguna entre sus seguidores, además, sus decisiones son imprevisibles. Ha utilizado a su partido, mayoritario en el Congreso, junto con sus aliados, como mera correa de transmisión de sus dictados. Basa sus acciones y discursos en una concepción mesiánica de la política, de corte populista, dentro de la cual “el pueblo” es mitificado y presentado como el principal beneficiario del gobierno. El líder se dice “representante de los legítimos intereses del pueblo” y aspira a que su poder no tenga límites. Quienes se oponen a él y cuestionan sus decisiones o discrepan, se convierten, automáticamente, en sus “enemigos”; el Partido es un dócil instrumento de su líder. Esta condición de funcionamiento, explícita e implícita, consciente e inconsciente, promueve y facilita el liderazgo autoritario y la fascinación de los militantes por la figura del caudillo. Su narrativa va dirigida a ganar y mantener el apoyo de los grupos sociales de ingresos más bajos, alentando el soterrado resentimiento social, en contra de las clases sociales con mejores ingresos y niveles educativos. El resentimiento que su discurso genera, ha tenido graves consecuencias: divide y confronta a los mexicanos y mexicanas, formando dos bandos opuestos radicalmente, que ya no pueden dialogar entre sí de manera sensata. Esto ha sido acompañado del intento de someter a todas las instituciones estatales y autónomas a un mando centralizado único.

BIBLIOGRAFÍA

- Amador Bech, J. (2004). *Las raíces mitológicas del imaginario político*. Ciudad de México. Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa.
- Arendt, Hannah, (2022). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid. Alianza Editorial.
- Bartra, Roger (2021). *Regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador*. México. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Blumenberg, Hans, (2004). *El mito y el concepto de realidad*. Barcelona. Herder.
- Campbell, Joseph, (1992a). *El héroe de las mil caras*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Campbell, Joseph, (1992b). *Las máscaras de Dios, mitología occidental*. Madrid. Alianza Editorial.
- Canetti, Elías, (1981). *Masa y poder*. Barcelona. Muchnik Editores.
- Chan, Anita, (1985). *Children of Mao*. Seattle. University of Washington Press.
- Chang, Jung (1994). *Cisnes salvajes*. Barcelona. Circe.
- Domenach, Jean-Luc, (1991) “La China Popular o los azares del totalitarismo”. *Totalitarismos*. Guy Hermet, et. al., México. Fondo de Cultura Económica.
- Eliade, Mircea, (1994). *Mito y realidad*. Barcelona. Editorial Labor.
- Espino, Luis Antonio, (2021a). *López obrador: el poder del discurso populista*. México. Editorial Turner de México.
- Evans, Richard J., (2006). *The Third Reich in Power*, Nueva York, Penguin Books.

- Frank, Manfred, (1994). *El dios venidero. Lecciones sobre la nueva mitología*. Barcelona. Ediciones del Serbal.
- Furet, Françoise (1980). *Pensar la Revolución*, Barcelona. Ediciones Petrel.
- Gadamer, Hans-Georg, (1997). *Mito y razón*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica.
- Guzmán Rocha, N., (2012). *Entre mito y política. El caso de Andrés Manuel López Obrador*, Saarbrücken. Editorial Académica Española.
- Hitler, Adolf (1942). *Mi lucha*. México. Publicaciones Herrerías.
- Hosking, Geoffrey, (1992). *History of the Soviet Union*. Londres. Harper Collins Publishers.
- Kershaw, Ian, (2001). *The "Hitler Myth": Image and Reality in the Third Reich*. Oxford. Oxford University Press.
- Kolakowski, Leszek, (1990). *La presencia del mito*. Madrid. Ediciones Cátedra.
- López Obrador, A. M., (2019). *Hacia una economía moral*. México. Editorial Planeta.
- Peña Serret, Daniel (2021). "Uso estratégico desde el poder: Afectividad y construcción simbólica del adversario ante expectativas de cambio político en México". *Dimensiones de lo público y lo político en la segunda alternancia democrática. Socialización, participación alternativa y discurso político*. Jorge Alberto Hidalgo Toledo, Martín Echeverría Victoria, Miguel Sánchez Maldonado, Israel Tonatiuh Lay Arellano, Francisco Aceves González, Javier Esteinou Madrid, Roberto Sánchez Rivera, Maricela Portillo Sánchez e Isabela Corduneanu (coords.). México, AMIC/Ria Editorial.
- Rosemberg, Alfred, (1939). *Der Mythos des 20 Jahrhunderts*. München. Hoheneichen-Verlag.
- Sabine, George H., (1975). *Historia de la teoría política*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Schapiro, Leonard, (1981). *El totalitarismo*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Service, Robert, (2019). *Stalin. Una biografía*. Epulibre. Edición digital Titivillus.

Artículos en revistas

- Espino, Luis Antonio (2023), "La mentira como arma de poder". *Letras libres*. Enero, 289, Año XXV, México, ISSN 1405-7840, pp. 16-17.

Artículos periodísticos en línea

- Espino, Luis Antonio, (2021b), "La 'derechización' de México: AMLO usa la comunicación como arma contra la democracia", *The Washington Post* [en línea], 6 de diciembre, Disponible en: https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2021/12/06/amlo-derecha-oposicion-populismo-cide-unam/?utm_campaign=wp_post_opinion&utm_medium=email&utm_source=newsletter&wpisrc=nl_postopinion&carta-url=https%3a%2F%2Fs2.washingtonpost.com%2Fcar-ln-tr%2F3576723%2F61af75e79d2fdab56bb8ed5c%2F60f5ddac9bbc0f0fbe95b521%2F16%2F41%2F61af75e79d2fdab56bb8ed5c consultado 13-12-21
- Merino, Mauricio, (2021), "El cuento del sexenio", *El Universal*, [en línea], 6 de diciembre, Disponible en: <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/mauricio-merino/el-cuento-del-sexenio> consultado el 16-03-22.
- Silva-Herzog Márquez, Jesús (2022), "Un INE de la '4T'", *Noroeste*, [en línea], 31 de octubre, Disponible en: <https://www.noroeste.com.mx/colaboraciones/un-ine-de-la-4t-AG2877367> consultado 01-11-22.
- Woldenberg, José (2022), "Dan miedo", *El Universal*, [en línea], 07-06-22, Disponible en: <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/jose-woldenberg/dan-miedo> consultado 24-06-22.

Artículos y documentos en sitios web

Dussauge Laguna, M. I., (2021), "López Obrador: del sueño a la realidad", *Nexos*, [en línea], Mayo 21, Disponible en: <https://nexos.com.mx/?p=56325> consultado 23-05-21.

INFOBAE, (2021), "Qué fue la 'caída del sistema' en 1988 y por qué están involucrados Manuel Bartlett y Salinas de Gortari", *INFOBAE* [en línea], 2 de noviembre, Disponible en: <https://www.infobae.com/america/mexico/2021/11/02/que-fue-la-caida-del-sistema-en-1988-y-por-que-estan-involucrados-manuel-bartlett-y-salinas-de-gortari/> consultado 07-01-23.